

[7] Ubicación del Centro Nacional de Vulcanología en San Miguel de La Palma: procedencia, necesidad y justicia

Francisco Govantes Moreno

En la isla de San Miguel de La Palma se han producido más erupciones volcánicas durante el período histórico canario (desde el siglo xv hasta la actualidad, desde que hay referencia escrita veraz) que en el resto de las islas juntas. Solo en las últimas siete décadas han acontecido en la Isla Bonita tres de estas manifestaciones, en 1949, 1971 y 2021, siendo esas las primeras con seguimiento científico y progresivamente mejor analizadas del archipiélago. Sobre todo si se tiene en cuenta que la erupción submarina de El Hierro en 2011, precisamente por ese carácter y por otras razones que no proceden en estas líneas, fue y viene siendo muy deficientemente estudiada.

Este frenesí volcánico, en términos de tiempos geológicos, que viene afectando a las islas en las últimas décadas, y muy especialmente a la antigua Benahoare, hace que haya una buena cantidad de palmeros que han visto tres erupciones volcánicas en su terruño y, dado el período recurrente en razón del rápido crecimiento del edificio insular, no pasarán muchas décadas (quizá solo años) para experimentar otra en esta misma isla.

La más reciente de estas erupciones, durante todo el otoño de 2021, afectó al doble de superficie insular que cualquier otra canaria del período histórico excepto una, y hay que remontarse al primer tercio del siglo xviii (Timanfaya, Lanzarote, 1730-36) para considerar una erupción mayor que las palmeras de mediados del siglo xx a principios del siglo xxi. Y solo en lo que se refiere a duración y superficie afectada, dado que en Lanzarote no se produjo un solo fallecimiento mientras que en las tres últimas palmeras los daños materiales han sido cuantiosísimos (mucho mayores que los provocados por Timanfaya) y, cuando no lo fueron, se produjeron muertes humanas. Por su parte, la erupción de El Hierro en 2011 no causó daños. Tampoco las dos últimas de Tenerife, en 1909 y en 1798. Y ello por ocurrir esas tres citadas en zonas totalmente despobladas. Muy diferente ha sido, y viene siendo, el caso de la acontecida en 2021 en el oeste palmero, la primera netamente urbana desarrollada en Canarias (la de Garachico de 1706 lo fue solo muy tangencialmente en el recorrido final de su colada) y cuyos efectos para la población, las infraestructuras y la economía local, mucho más allá de los inmediatos destructivos, se alargarán durante décadas de consolidación, enfriamiento y desgasificación.

Sin embargo, ante acontecimientos como el sufrido también surgen oportunidades. Y no está entre las menores la de aprovechar positivamente el marco técnico, social y natural que deja y seguirá dejando esta primera erupción palmera del siglo y el milenio. Las interacciones entre el ser humano y su medio ya no se verán igual en estas islas, y el análisis de los riesgos volcánicos y su prevención, predicción, recuperación, etc. abarcarán décadas de estudios sociales y proyectos técnicos. Como igualmente ocurrirá con los estudios científicos, muchos ya en marcha. En ese sentido, se habló mucho durante toda la erupción de que se estaba ante el «volcán

de las paradojas», observándose por primera vez fenómenos nunca apreciados en cualquier erupción anterior, como el extraordinario volumen de cenizas volcánicas (y sus efectos y posibilidades), las imprevisibles variaciones en las emisiones gaseosas (que persisten inexplicablemente dos años después y en zonas alejadas del cono), los episodios de lluvia ácida, las emanaciones de «fuego eterno», de cabellos de Pele, la profusión de ondas gravitacionales y de rayos volcánicos que adornaron el cielo de Aridane... y que sirven estos últimos para explicar nada menos que el origen de la vida. Y de su evolución, puesto que este volcán ofrece una oportunidad inapreciable para estudiar las adaptaciones de los seres vivos a los fenómenos volcánicos, así como los procesos ecológicos de la *sucesión primaria* por la que los organismos colonizan, desde cero, los nuevos ambientes recién creados. Y tanto en superficie como bajo ella. Aquí tenemos no solo la magnífica ocasión de estudiar el desarrollo de un nuevo ecosistema cavernícola, sino la de hacerlo en paralelo a la misma configuración del propio hábitat, es decir, los tubos volcánicos («caños de fuego», como se les denomina aquí). Respecto a ellos, es probable que en las coladas de la erupción de 2021 en San Miguel de La Palma se haya configurado la mayor red de estas estructuras subterráneas de Canarias, que es lo mismo que decir de toda la Unión Europea. El estudio, asimismo, de sus formaciones internas y externas, su catalogación y topografiado, también abarcará décadas.

Resulta evidente que el que el investigador y la institución que lo sustenta estén lo más próximo posible al objeto de estudio siempre será más eficaz que el que el primero se desplace desde la segunda ubicada en zonas alejadas. Lo que forzosamente lo obligaría a estancias más o menos cortas y hasta apresuradas. Y siempre sería visto como un extraño que «viene de fuera» y al amparo de una institución también foránea. Por el contrario, la ubicación del futuro Centro Nacional de Vulcanología en la isla más volcánicamente activa de Canarias, con las erupciones más recientes y de mayor probabilidad de ser escenario de las futuras (quizá hasta inmediatas, dados los precedentes), parece, desde todo punto de vista, la opción más lógica y eficaz. En base precisamente a lo argumentado sobre las décadas de investigación *in situ* que demanda y seguirá demandando la reciente erupción de 2021. Y hasta enlazar, con bastante probabilidad, con la próxima en la misma isla.

Por otra parte, la ubicación de este centro en la Isla Bonita vendría a compensar en alguna medida, y hasta en los aspectos sentimentales, a los palmeros que hemos sufrido la erupción de una u otra manera y en mayor o menor grado. El centro aquí sería, además de nacional, una institución «palmera», y sus científicos y técnicos, unos invitados que vienen a trabajar y convivir con la población. Con una población afectada (que lo seguirá siendo por mucho tiempo, lamentablemente). Y no unos «intrusos» que vienen a aprovecharse de lo que les ofrece su desgracia.

La ubicación del Centro Nacional de Vulcanología en San Miguel de La Palma es procedente. Es necesaria desde muchos puntos de vista. Y es, además, de justicia.